

EPÍLOGO CON VÍCTOR HUGO

El primer día de junio de 1855, el Arc de Triomphe de Champs Elysees amaneció velado por una inmensa gasa negra que lo envolvía de arriba abajo. Bajo la bóveda central, un catafalco neoclásico, grandioso y descomunal, diseñado por Garnier, guardaba los restos de Víctor Hugo, que ese día serían depositados en el Pantheon. Y no contenía el ataúd el universo verbal de páginas imperecederas, que mucho contribuyeron a la formación de la conciencia republicana y a la de las leyendas de su historia. No es éste el lugar para abordar esa obra colosal. Pero sí para completar el conocimiento de la lucha por derechos y libertades, entablada en Francia desde la abdicación de Napoleón hasta el advenimiento lamentable de su ínfimo sobrino, a partir de los escritos políticos de Víctor Hugo, nacido de un matrimonio fracturado por la política de entonces, circunstancia que marcó su vida entera. De ahí que sus intervenciones de literatura política conserven, a la par que el brillo de su prosa, un valioso carácter testimonial de primer orden en el que palpita un compromiso personal irreductible, que alguno considera como el de la consagración del “*ecrivain engagé*”, que tendrá en Zola su más alto momento y su encarnación emblemática. Víctor Hugo es, en dicho considerando, eslabón áureo entre dos épocas y puente tendido sobre las aguas bravías del siglo XIX y sus revueltas, desde el que se perciben con mirada ennoblecedora.

Hugo, a diferencia de otros escritores “comprometidos”, fue también un político activo y un destacado diputado entre 1848 y 1851. Volvería a la Cámara en 1871 y tendría un escaño en el Senado de 1876 hasta el día de su muerte, en 1885. Conoció a fondo, en consecuencia, los entretelones del poder político, sus miserias y pequeñeces. Cabe detenerse aquí con él para admirar la cultura francesa, el excepcional reconocimiento y el crédito que la sociedad, a lo largo del siglo XVIII y en el siguiente le fue asignado crecientemente a los escritores: Chateaubriand, Lamartine y Hugo son los más altos representantes de ese orgullo nacional por “*les belles lettres*”, tanto que las hizo responsables, en cierta medida, de la purificación y enaltecimiento de la vida política.

Víctor Hugo experimentó, desde muy joven y por la razón personalísima antedicha, vivo interés por la política y sus combates y cálida simpatía por las mociones populares y colectivas. La monarquía de Julio lo hizo Par de Francia y ayudó a consagrarlo en la Academia.

A pesar de sus antecedentes de privilegiado, Hugo saludó con beneplácito el cambio de régimen en 1848. Tanto, que se prestó a plantar uno de los “Árboles de la Libertad”, ceremonia muy socorrida en el claroscuro de aquellos días, reminiscencia de la inaugural del 89.³³⁶ El acto tuvo lugar el 2 de marzo de 1848 en la “Place des Vosges”. La fama de Hugo no era precisamente la de un ardiente republicano. Recordaban su intervención parlamentaria a favor de la Regencia en la persona de la Duquesa de Orleans³³⁷ y también se rememoraba su rechazo a la oferta de Lamartine de hacerlo ministro de Instrucción Pública o ponerlo al frente de una alcaldía en París. A pesar de todo esto, exclamó con voz estruendosa un “¡Vive la republique universel!” con que mentalmente se deslindaba de la “republique sociale” de todos tan temida, pero en el que vibraba una juvenil y sincera admiración por la hazaña popular, triunfante y vencedora.

Dijo lo que era de esperarse y algo más, que acudía al llamado de sus conciudadanos a saludar, en medio de ellos, todas las esperanzas de emancipación de orden y de pacificación “mêleis aux racines de cet arbre de la liberté”.

La libertad —afirmó— se enraiza en el corazón del pueblo como el árbol en la tierra; como el árbol se eleva y despliega sus ramas en el cielo; como el árbol, crece incesante y cubre a las generaciones con su sombra... El primer árbol de la libertad fue plantado en Gólgota. *El primer árbol de la libertad es esa cruz sobre la cual Jesucristo se ofreció en sacrificio por la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano.*

El significado de este árbol no ha cambiado en dieciocho siglos, pero no olvidemos que los nuevos tiempos traen nuevos deberes: la Revolución que hicieron nuestros padres hace sesenta años, fue grande por la guerra; la revolución que hacéis hoy deberá ser grande por la paz. La primera ha destruido; la segunda ha de organizar. La obra de organización es el complemento necesario a la obra de destrucción; esto es lo que vincula íntimamente el 1848 con 1789. Fundar, crear, producir, practicar, satisfacer a todos sus derechos, de-

³³⁶ Véase *ut supra*.

³³⁷ *Idem*.

sarrollar todos los grandes instintos del hombre, pero ver las necesidades sociales, he ahí la tarea del porvenir; y en el tiempo en que vivimos, el porvenir llega pronto. Pudiera decirse que el porvenir no está en el mañana; comienza hoy ¡Manos a la obra, manos a la obra, trabajadores de brazos, trabajadores del espíritu, todos vosotros que me escucháis y rodeáis! Ponedle término a la gran obra de la organización fraternal de todos los pueblos, conducidos hacia igual fin, unidos por una misma idea, viviendo con un corazón idéntico. Seamos todos hombres de buena voluntad. No nos ahorremos penas ni sudores. Despleguemos sobre el pueblo que nos rodea y desde ahí, al mundo entero, la simpatía, la caridad y la fraternidad. Desde hace ya tres siglos que el mundo imita a Francia, la Francia que es la primera entre las naciones. ¿Sabéis lo que se requiere decir con la expresión “la primera de las naciones? Quiere decir la más grande, la mejor”.

Convencido, como clarivamente estaba Hugo, de la necesidad de unos Estados Unidos de Europa, osó proponer: “¡establezcamos en el mundo entero, por la grandeza de nuestros ejemplos, el imperio de nuestras ideas!”.³³⁸ Pero ni las más poderosas ideas podían ser suficientes para impedir lo que ya se avecinaba, la dictadura, el golpe de Estado y el Imperio Segundo (y último) en la menuda figura, pequeña por dentro y por fuera, de Luis N. indigno depositario autodesignado de un legado histórico de mayor fulgor, el de la Revolución y sus conquistas.

Un año antes de su *Napoleón-le-Petit* (1852) Hugo, en la misma línea denunciante de *Le dernier Jour de un condamné*, publicó *Les caves de Lille* sobre la miseria obrera pues, a instancias de Blanqui, la había conocido, de primera mano, en los barrios proletarios de esa ciudad industrial. Preparó al efecto un discurso ante la Asamblea, en las que los trabajadores de la industria textil, ya no doméstica sino de las modernas fábricas de tejidos, son mostrados en su realidad más sombría, explotados inicualemente en jornadas de 13 a 15 horas, obligados a comer sin suspender el trabajo, a cambio de un insuficiente salario de dos y medio francos diarios.³³⁹ Si se trataba de una obrera, este era de uno y medio. El trabajo infantil abundaba y no se beneficiaba de ningún aprendizaje. Ante la Asamblea, la elocuencia de Hugo reveló esta forma de la explotación humana del capitalismo, voraz e inclemente, al que el poder público no

³³⁸ Laurent, Franck, *Victor Hugo. Ecrits politiques*, París, 2001, pp. 111-113 (traducción castellana del autor de la presente obra).

³³⁹ *Ibidem*, pp. 160-162.

era capaz para poner freno. En aquellos sótanos insalubres de Lille vivían hacinados los obreros y sus familias y el terrible espectáculo hizo de aquella su pluma un látigo:

El primer sótano en el que nos presentamos está situado en el Patio del agua Núm. 2. A pesar de las puertas abiertas al sol, emanaba de él un olor tan infecto, un aire tan viciado que, siendo siete nosotros, solamente tres pudimos descender a él... Encontramos en el sótano, al pie de la escalera, a una mujer vieja y a un niño muy pequeño. Este sótano era tan estrecho, que sólo al centro de la bóveda podía uno erguirse totalmente. Las cuerdas que cruzaban la estancia y la ropa húmeda que colgaba de ellas impedían la circulación del aire. Al fondo, había dos camastros, es decir, dos arcones de madera carcomida, cubiertos de jergones cuya tela, jamás lavada, había acabado por tomar el color de la tierra. Me aproximé a uno de los lechos y distinguí, en la oscuridad, a un ser vivo. Era una niñita de aproximadamente, seis años que ahí se agitaba, enferma de rubeola, temblando de fiebre de pies a cabeza, casi desnuda, apenas cubierta por un viejo jergón de lana. De los agujeros del jergón sobre el que yacía se escapaba la paja podrida. La vieja, que era su abuela, nos dijo que vivía ahí con su hija viuda y otros dos niños que regresarían por la noche; que ella y su hija eran encajistas; que pagaban dieciocho “sous” de alquiler semanal; que recibían un pan de la ciudad cada cinco días y que ellas dos ganaban diez “sous” por día.

Al lado del camastro había una gran pila de ceniza, que despedía un olor repugnante. Era ceniza de turba, de estiércol mezclado con carbón, que estas infelices familias acumulaban y venden para vivir y, si es necesario, llegaban a usarla como lecho.

Todo esto era aquel sótano.

¡Señores!, seis criaturas humanas, dos mujeres y cuatro niños viven allá.

Notad, por otra parte, que estos hechos no han sido elegidos expresamente, son los primeros venidos a nuestro conocimiento, los que el azar nos ha entregado en una primera visita, que no ha durado sino pocas horas pero tienen, en el más alto grado, todo el carácter de una media prevalente. Son horribles; hay otros aún más horribles que no conozco y de los que no hablaré, puesto que no quiero citar sino lo que he visto.

En otro sótano había cuatro niños solos. El padre y la madre estaban en el trabajo. La mayor, una niñita de siete años, pero que parecía de cinco, acunaba a la más pequeña, que no dejaba de llorar. Los otros dos se pegaban al lado de la mayor, con medroso estupor reflejado en el rostro.

¡Señores, esos cuatro niños en ese sótano, solos, vestidos de andrajos, lívidos, inmóviles, silenciosos, agobiados, una atmósfera fétida, los harapos secándose en las cuerdas, el piso encharcado por el agua que se filtra desde el

patio a lo largo de los muros del sótano... renunció a daros una idea de esta miseria.

En otro lugar, en la calle de Etaques Núm. 14, un oscuro sendero en el que corre un riachuelo infecto, nos condujo a un estrecho patio, bardeado de casuchas. Entramos al azar —insisto— en la primera. Había ahí una mujer llorando. Ésta, llamada Eugenia Watteau, tenía dos hijos. Uno murió a los tres meses y medio. El otro enfermó del sistema linfático, del mismo padecimiento que causó la muerte de su hermano. En cuanto a la madre, va perdiendo la vista. Las condiciones especiales de trabajo y la atmósfera malsana en la que viven estas desdichadas familias engendran oftalmias que producen pérdida, a veces repentina, de la visión. Ella está sola en este mundo, con su niño. Nos dijo, llorosa: si trabajo me volveré ciega y, si no trabajo, nos moriremos de hambre.

Al lado, en la cavona vecina, en el fondo de una estancia desamoblada, un obrero hilador, tuberculoso, hombre de alrededor de treinta y cinco años, yacía sobre un camastro. Sus estertores se escuchaban desde afuera. No ignoráis, señores que cuando no pueden tomarse las precauciones higiénicas, a las que la extrema miseria obliga a renunciar, ciertas industrias insalubres, especialmente la del cardado del lino, desarrollan una suerte de tisis.

Arriba, en el primer piso, sin solución de continuidad, pues todos estos dolores se tocan entre sí y ningún eslabón falta en esta cadena de miseria que pesa sobre comunidades postradas, encontramos a una viuda. Esta mujer es epiléptica. Hace encajes y gana tres “sous” diarios. Tiene tres hijos pequeños. El mayor gana quince sous a la semana, el segundo todavía no trabaja; el otro es una niña, *aflicida*, nos dijo la madre, lo que significa que es escrofulosa, tuberculosa. Duermen los cuatro, madre e hijos, sobre el jergón, sin sábanas ni mantas. Jamás prenden un fuego. Le pregunté a la viuda ¿de qué viven ustedes? Me respondió: cuando tenemos pan, comemos.

Me detengo, señores; no deseo multiplicar, a menos que contradicciones imprudentes me fueren a ello, estos dolorosos detalles. Imaginad las calles, calles enteras, en las que, a cada paso, salen al encuentro espectáculos semejan-tes, donde palpita en todos lados la más lamentable miseria. Mis compañeros de viaje y yo estuvimos sólo un día en Lille y no entreabrimos puerta alguna sin encontrar detrás de ella, miseria y, alguna vez, agonía.

Imaginad esos sótanos, de los que nada que os diga puede daros una idea; imaginad esos patios, *patieillos* como les llaman ahí, encerrados entre casuchas altas, sombrías, húmedas, glaciales, mefíticas, llenos de miasmas estancados, rebosantes de inmundicias, las fosas higiénicas junto a los pozos del agua potable!

¡Imaginad esas casas, casuchas; habitadas de arriba hasta abajo, hasta el subsuelo, las aguas corrompidas filtrándose a través del pavimento a esos cuchitriles donde hay creaturas humanas. Hay cavones en que hasta diez per-

sonas viven en la misma habitación y que hasta seis duermen en una misma cama, las edades y los sexos mezclados, los graneros tan pestilentes como las cavas esos ventanucos por los que entra mucho frío para tiritar y poco aire para respirar

¡Preguntando yo a una mujer de la calle del Bois-Saint-Saveur: ¿Por qué no abris las ventanas?, me ha respondido: porque los marcos están podridos y se nos quedarían entre las manos. Insistí: ¿no las abris jamás? Jamás, señor.

Imaginad la población enfermiza y debilitada, los espectadores en el dintel de las puertas, la virilidad retardada y la decrepitud precoz, adolescentes que uno tomaría por niños, jóvenes madres que uno tomaría por viejas abuelas, las escrófulas, el raquitismo, la oftalmia, el idiotismo, una innoble indigencia, los andrajos por todos lados... Y, en medio de todo eso, el trabajo sin reposo, el trabajo encarnizado, sin horas suficientes para el sueño, el trabajo del hombre, el de la mujer, el del hombre maduro y el del viejo, el del niño y el enfermo, frecuentemente sin conseguir un pedazo de pan, ni tener un fuego...

Y si lo negáis, distraed unas horas y venid con nosotros y veréis con vuestros propios ojos y tocaréis con vuestras manos las llagas, las llagas sangrantes de ese Cristo al que llaman el pueblo.

¿Por qué os confundís? ¡Hablar por los pobres no es hablar contra los ricos! No hay pasiones políticas en presencia de los que sufren y no hay sentimiento más profundo en el fondo de uno mismo que un corazón que sufre con ellos y un alma que ruega por ellos.

Señores, id a Rouen, id a Lyon, a Reims, a Amiens, a Turcaing, a Roubaix, visitad aquí, en París, visitad a fondo nuestros barrios Saint-Antoine y Saint-Marceau y constataréis hechos análogos a los que os he señalado, hechos aún peores que esos.

Señores, se ha llegado más de una vez a esta Asamblea para elevar aquí un grito de alarma. Se os ha dicho, como vengo de hacerlo yo, pero con un punto de vista diferente al mío, el punto de vista del pasado, en tanto que el mío es el del porvenir, se os ha dicho que el mal va creciendo, que la ola monta, que el peligro social se agranda por instantes. Se os ha señalado con severidad implacable a los grandes conspiradores, a los grandes culpables, el espíritu de escepticismo, el espíritu de duda, el de libre examen.

¡Pues bien! ¡Yo también vengo a esta tribuna a fin de denunciar!

Denuncio la miseria, que es la epidemia para una clase y el peligro para todas. Denuncio la miseria, que no sólo es el sufrimiento del individuo sino [también] la ruina de la sociedad... Yo denuncio la miseria, esa larga agonía del pobre que concluye con la muerte del rico.

Legisladores, la miseria es el más implacable enemigo de las leyes. ¡Perseguidla, castigadla, destruidla!

¡Porque, no me cansaré de decirlo, puede ser destruida!

¡La miseria no es eterna!

¡No, lo repito a despecho de los murmullos; no, ella no es eterna, está en su ley decrecer y desaparecer. La miseria, como la ignorancia, es una larga noche y a toda noche, por larga que sea, sucede el día.

La fuerza de las cosas, que es el trabajo, tiende a destruir la miseria. Pues bien, a la fuerza de las cosas acompañemos el esfuerzo de los hombres; a la acción providencial unamos la acción social y triunfaremos.

Hay, lo sé, un mandamiento episcopal en el que se lee: la miseria es necesaria. Más hay un Jesús que ha dicho: la mísera desaparecerá: no habrá pobre ni mendigo entre vosotros. Señores, entre el Dios que afirma y el cura que niega ¿quién osaría decir estar a favor del clérigo?

Señores, la situación apremia, apresuraos, os lo imploramos en nombre de los peligros públicos.

Pensad en esto y cuando el tiempo esté próximo, cuando halla llegado la hora, cuando la medida quede colmada, ¿sabéis que hay más elocuente, más irresistible, más terrible para comenzar las revoluciones? No es Thiers firmando la protesta de los periodistas en 1830, no es Odilón Barrot agitando los banquetes de 1847, no es Chateaubriand, ni Lamartine, ni siquiera Mirabeau, ni siquiera Dantón. Es un niño que, llorando, dice a su madre: ¡tengo hambre!³⁴⁰

En aquellos años revolucionados, entre 1845 y 1847, va surgiendo, poderosa y fascinante, la obra mayor de Hugo, *Les misérables* y *La legende des siecles*. El exilio, inglés y voluntario, le fue llevando a un penoso aislamiento en Hauteville House, pues su mujer (liada con Sainte-Beuve) su trágica hija Adèle y sus nietos, Jeanne y Georges, habían desertado de esa dura prueba que es el ostracismo, voluntario o no. La locura familiar, por otra parte, había acabado por triunfar sobre Adèle, como lo había hecho en el pasado con Eugene, hermano menor del escritor, recluido en Charenton, el manicomio que antes había aprisionado al marqués, o lo que quedaba de él. La maldición de la demencia planeaba sobre las cabezas de la familia desgarrada y Hugo tuvo esa desgracia como trasfondo invariable, apenas entrevisto pero siempre inquietante, de su obra novelística.³⁴¹

La estadía en Inglaterra (Guernesey) sin duda cambió la vida de Hugo y los suyos. Al adquirir la que él haría llamar Hauterville House no pre-

³⁴⁰ *Ibidem*, pp. 162-171.

³⁴¹ *Cfr.* Besnier, Patrick, *L'abécédaire de Victor Hugo*, París, 2002, pp. 58 y 59.

tendía contar con un modesto y austero refugio en la sedativa campiña inglesa, frente al mar siempre helado y gris: quería un decorado brillante, un deslumbrante templo laico, un lugar inolvidable de peregrinación y, en razón de su situación topográfica, una suerte de faro, literario y político, que irradiara su obra y asegurara su propia leyenda, romántica, heroica de gran patriarca de las letras francesas en la segunda mitad del siglo XIX.

Il s'agit d'une architecture fantastique, où s'entremêlent coffres de bois sculptée, carreaux de Delft, tapisseries des Gobelins, lustres vénitiens, statues, colonnes, torses, chinoiserie, le tout orné de blasons et d'inscriptions latines au français.³⁴²

Era la materialización —en opinión de Besnur— de la obra de Hugo y ahí y entre cielos y mares neblinosos, desde su *look-out* todo de cristal, urdía en solitario, además de la novelística, las denuncias políticas y esa obra, escalofriante y violenta, que es *L'homme qui rit* (1869), la última del destierro inglés, cuyo personaje Gwynplaine “se sentía sobrehumano y era tan monstruoso como un Dios”.

En 1852 concluye Hugo el incendiario panfleto, de circulación clandestina por prohibida, *Napoleón-le Petit* que pergeñaba en Bruselas, camino del exilio inglés.

El histórico panfleto *Napoleón-le Petit* fue producto de una ráfaga de inspiración que sopla Hugo en Bruselas, ya exiliado a causa del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, plebiscitado vergonzosamente. El texto,³⁴³ de un tirón, del 14 de junio al 12 de julio de 1852, introducido clandestinamente en Francia, fue vendido, “sous le manteau”. Para Michelet, esta protesta lúcida del gran Hugo le merecía una “gratitud eterna”, como se la guardamos los mexicanos por su solidaridad con la república juarista en Puebla de Zaragoza³⁴⁴ la engañosa, pero sin duda heroica y brillante victoria de un pobre y valeroso ejército enfrentando al más poderoso del universo de entonces.

³⁴² Besnier, P., *op. cit.*, p. 62.

³⁴³ En Laurent, Franck, *op. cit.*, pp. 177-203.

³⁴⁴ Dijo en su entrañable carta: “Ce n'est pas la France qui vous fait la guerre, c'est l'empire. Certes, je suis avec vous... J'entends le orique vous poussez vers moi, je vou drais me mettre entre nos soldats et vous, mais, que vous je ? Une ombre...”. Y esa sombra llenó de luz esperanzada nuestra lucha.

La burguesía había quedado sorprendentemente horrorizada por las fusilatas en los bulevares parisinos el 4 de diciembre de 1851, que tal fue la respuesta de la tropa a los vivas a la Constitución que proferían pacíficos ciudadanos, indignados por el golpe e inermes ante él. Era previsible que el golpista usara estos hechos como “argumentos” para el restablecimiento del “Orden” ese tramposo galimatías político-jurídico, con el que era fácil confundirse. Pero no para Hugo, que lo vio claramente:

Era necesario que “*el orden*”, llegara al extremo de su lógica. Era necesario que se supiera bien y para siempre que, en boca de los hombres del pasado, esa palabra *Orden* significa: falsos juramentos, perjurio, pillaje de los dineros públicos, guerra civil, consejos de guerra, confiscaciones, secuestros, deportaciones, proscripciones, fusilamientos, policía, censura, deshonor del Ejército, senadores mudos, tribuna abatida (la de la Asamblea del Palais-Bourbon) prensa suprimida, guillotina política, estrangulamiento de la libertad, decapitación del derecho, violación de las leyes, soberanía del sable, masacre, traición... El espectáculo que tenemos ante los ojos es un útil espectáculo. Es el de la Francia desde el 2 de diciembre; es la orgía del orden.

Sí, la Providencia está en estos acontecimientos: Pensad en esto: desde hace cincuenta años la República y el imperio han colmado la imaginación, una con reflejo del terror, el otro, con el de la gloria. De la República no se veía sino 1783, es decir, las formidables necesidades revolucionarias, quiero decir, la hoguera; del imperio no se veía sino Austerlitz. De ahí el prejuicio contra la República y el prestigio del Imperio. Ahora bien, ¿cuál es el porvenir de Francia? ¿es el Imperio? ¡No!, es la República!

Es preciso invertir esta situación, suprimir el prestigio de lo que no puede ser revivido y suprimir el prejuicio contra lo que debe acaecer; la Providencia lo ha hecho. Ella ha destruido estos dos espejismos. Febrero ha llegado y ha despojado del terror a la República. Luis Bonaparte ha llegado y ha despojado de prestigio al Imperio. Desde 1848, la fraternidad se sobrepone ante el terror de 1793; Napoleón, el pequeño, se sobrepone a Napoleón el Grande. Dos grandes cosas una, espantosa; la otra, deslumbrante, vienen ambas de un plan. No se percibe más el 93 sino mediante su justificación y a Napoleón por su caricatura; el loco pavor ante la guillotina se disipa y la vana popularidad imperial se evapora. Gracias a 1848, la República ya no amedrenta más a nadie; gracias a Luis Bonaparte el imperio ya no fascina más a ningún hombre. El porvenir se ha hecho posible. Estos son secretos de Dios.

Por otra parte, *no es suficiente el término República; es ser de la República lo que falta*. Pues bien! Tendremos la palabra y la cosa. Desarrollemos el asunto.

Hugo establece las cuatro instituciones que a su juicio se oponen a ese avance porvenir: el ejército permanente; la centralización administrativa; el clero burocratizado y la magistratura inamovible.

Echa entonces a volar una imaginación generosa, anhelando la Unión Europea, una federación democrática del continente, a la que Francia contribuiría con su “edificio social”, cuyos lineamientos, “vagos y luminosos” se perfilan en este escrito de combate escrito, de gran tono y acierto profético, lo que en muchos agoreros es harto infrecuente:

La comuna soberana, regida por un alcalde electo; en todas partes, el sufragio universal. Sindicatos y árbitros arreglando los diferendos privados de asociaciones e industrias; el jurado para esclarecer los hechos al juez, magistrado de derecho; el juez electo; esto por lo que ve a la justicia. El sacerdote, fuera de todo, excepto de su iglesia, viviendo con la mirada puesta en su Libro y en el cielo, ajeno al presupuesto público, ignorado por el Estado, conocido solamente de sus fieles, sin gozar de autoridad, pero sí de libertad; esto por lo que hace a la religión. La guerra, limitada a la defensa del territorio; la nación en guardia nacional capaz de levantarse como un solo hombre; esto por lo que toca a la potencia militar. Siempre la ley, el derecho siempre, el voto siempre; el sable, en ningún lugar.

El programa era puntal, aunque su factibilidad fuera aún lejana. Al final de cuentas, fue realizado a lo largo de muchos años, aunque no sin grandes adversidades. Descentralización política y administrativa, sufragio universal, Estado laico, ejército sometido y obediente al poder civil: todo se fue logrando y Hugo hizo su parte en ello, pues profesó la fe del apóstol progresista, sin arredrarse ante la desventura colectiva ni frente a su propia desasosegada vida, marcada por grandes pesares.

Era preciso, sin duda, establecer también las causas eficientes, las fuerzas reales que se oponían al futuro entrevistado por Hugo:

A los ojos del grupo de ciudadanos más numerosos, particularmente *las clases medias*, aquellos cuatro obstáculos *eran más bien cuatro apoyos, cuatro grandes soportes*. Magistratura, ejército, administración y clero eran las cuatro virtudes del orden, las cuatro fuerzas sociales, las cuatro columnas sagradas de la anticuada formación francesa.

¡Atacadlas, si os atrevéis a ello!

No vacilo en decirlo: en el estado de ceguera de los mejores espíritus, con la rutinaria marcha de todo normal progreso, *con nuestras asambleas, a la*

vez honestas y tímidas, que no se dejan gobernar voluntariamente por medianías, es decir, por mediocridades, si el 2 de diciembre³⁴⁵ no hubiera llegado, trayendo una demostración palpable de lo anterior, si la Providencia no estuviera en esto mezclada, Francia hubiera quedado condenada indefinidamente a la magistratura inamovible, a la centralización administrativa, al ejército permanente y a la burocratización del clero.

Cierto es que *el poder de la tribuna y el de la prensa, combinado*, constituyen dos grandes fuerzas de la civilización y no seré yo quien busque impugnarlos y desmentirlos; ved, en consecuencia: ¿cuántos esfuerzos han sido emprendidos, en todos sentidos y bajo todas las formas, *por la tribuna y por el periódico, por el libro y por la palabra*, para acudir a la destrucción de un solo prejuicio universal, favorable a esas *cuatro instituciones fatales*? ¿Cuánto emprendido para derrocarlas, para hacer patente la evidencia ante todos, para vencer las resistencias interesadas, apasionadas y necias, para esclarecer a fondo la opinión pública, las conciencias, los poderes oficiales, para introducir esta cuádruple reforma, primero en las ideas y después en las leyes? ¡Medio siglo!

Postulo que, en los bancos de la más intrépida asamblea de pensadores, un deslumbrante espíritu, uno de esos hombres que, cuando se paran en la tribuna, la sienten trepidar bajo sus plantas y engrandecen repentinamente y devienen colosos y ven más allá de la alta y sombría muralla del presente, aquel hombre, ese orador, ese vidente quiere advertir a su país y advertirle a los hombres encargados de conducir al Estado lo que todos saben, subido en la tribuna, diciendo desde ahí:

Denuncio ante vosotros cuatro peligros públicos. *Vuestro orden político lleva en él mismo, lo que acabaría matándolo*, esos cuatro factores que vos creéis son elementos durables, cuando son en realidad de disolución. Vuestra administración centralizada en manos de un Poder Ejecutivo perjuro es una inmensa traición ejecutada sobre la superficie entera de Francia por todos los funcionarios, sin excepción. *¿Sabéis en lo que puede devenir un día vuestro ejército permanente? Un instrumento del crimen. La obediencia pasiva es la bayoneta puesta eternamente sobre el corazón de la ley.* ¡Sí, aquí mismo, en esta Francia, que es pionera en el mundo, en esta tierra de tribuna y prensa, sí, la hora puede sonar en que el sable reinará, cuando vosotros seréis agarrados por el cuello por los caporales, vosotros legisladores inviolables, y vuestros gloriosos regimientos se transformarán, *para provecho exclusivo de un hombre y para vergüenza de un pueblo*, en hordas doradas y en bandas pretorianas, ahí donde la espada de Francia será como cosa cualquiera que golpea por la espalda como el puño del esbirro... Y si llegara un día en que un

³⁴⁵ Fecha del golpe de Estado perpetrado por Luis Bonaparte.

hombre tuviera en sus manos los quinientos mil funcionarios que constituyen la administración y los cuatrocientos mil soldados que componen el ejército, si llegara el día que desgarrara la Constitución, violando todas las leyes, mancillando todo juramento, quebrantado todos los derechos, cometiendo todos los crímenes, ¿sabéis lo que hará vuestra magistratura inamovible, tuteladora del derecho, guardiana de las leyes? ¡Callará!

¿Os figuráis la furia del vocerío y la mezcla de imprecaciones con que esas palabras serían recibidas? ¿Os figuráis los gritos, los apóstrofes, las amenazas, la Asamblea entera levantándose en masa y la tribuna escalada, apenas protegida por los ujieres?... Al día siguiente, el burgués indignado diría que estuvo bien censurar al tal orador. Y todos los periódicos “del orden” le enseñarán sus puños al calumniador. Y en su propio partido, en su propia banca de la Asamblea, sus mejores amigos le abandonarán diciendo: es su culpa, ha ido demasiado lejos... Y después de ese generoso y heroico esfuerzo se hallará con que las cuatro instituciones atacadas serán más venerables e impecables que nunca y la cuestión, en lugar de avanzar, habrá retrocedido...

Cuando Dios quiere destruir una cosa carga con la cosa misma... Las malas instituciones de este mundo todas ellas, terminan suicidándose. Cuando ha pesado demasiado tiempo sobre los hombres, la Providencia, como el sultán a sus visires, les envía el cordón negro con un sordomudo, señal inequívoca del deber de darse la muerte por propia mano. Luis Bonaparte es el sordomudo de la Providencia.

Muda, sorda, ciega, insensible, todo ello a un tiempo, permaneció Europa y el resto del mundo ante las tropelías del minúsculo Luis N., cuyo único recuerdo quizá sean los grandes bulevares parisinos, que tanto gozo han proporcionado a millones, quizás ello no baste para absolverlo. Sedán se encargaría del resto, hasta la eternidad.

Habría que recordar la gestación del golpe de Estado de Luis N., denunciado en la noche del 1o. al 2 de diciembre de 1851.³⁴⁶ Las fuerzas policiales y militares procedieron a numerosos arrestos y tomaron posesión de la Asamblea que fue disuelta. Doscientos veinte diputados (liberales de derecha), que protestaron su inconformidad con el golpe, fueron emprisionados, mientras que sesenta representantes de la izquierda entraron en la clandestinidad, animando con sus proclamas y mensajes la resistencia ciudadana e intentando sublevar a los barrios populares “*contra aquel presidente felón*”. La represión habida en junio del 48, había desmantelado la capacidad de acción de los obreros y ya no reinaba, ni

³⁴⁶ Cfr. Laurent, Franck, *op. cit.*, pp. 173-193

de lejos, el entusiasmo por insurgirse defendiendo una Asamblea que, en esos días relativamente cercanos todavía, había reprimido y legitimado el fusilamiento de tantos y tantos camaradas y el destierro del que también fueron víctimas los trabajadores y sus líderes. París no reaccionó, en consecuencia. Pero en provincias fue otra cosa, pues algunas provincias se sublevaron ante el golpe.

Habría que recordar, asimismo, que Hugo fue un actor principalísimo de dicha resistencia y que participó en la redacción de proclamas, entre ellas la notable, *Apelación al Ejército*, en la que planteó cuestiones que iban más allá, de la concreta circunstancia política de su fabricación:

¡Soldados!, este hombre os compromete en el crimen.

Hay dos cosas sagradas: la bandera, que representa el honor militar y la ley, que representa el derecho nacional. *¡Soldados!, el mayor, el más grande de los atentados es la bandera enarbolada contra la ley.*

¡No sigáis por más tiempo *al desdichado que os ha hecho extraviaros.* Para tal crimen *los soldados franceses son vengadores, no cómplices.*³⁴⁷

Someted a la ley a ese criminal. ¡Soldados!, es un Napoleón falso. Uno verdadero os haría revivir, Marengo; él, en cambio, os llevará, como en Trasnonnain, a combatir contra inocentes ciudadanos.

Volved los ojos sobre la auténtica tarea del Ejército: proteger a la Patria, propagar la Revolución, liberar a los pueblos, sostener las nacionalidades, emancipar el continente, destruir en todos lados las cadenas, defender el derecho en todo lugar, he ahí vuestro papel entre los ejércitos europeos pues sois dignos de grandes campos de batalla.

¡Soldados! El ejército francés es la vanguardia de la humanidad.

Entrad en vosotros mismos. Reflexionad, reconocedlo. *Pensad en vuestros generales detenidos, agarrados del collarín por los polizontes y arrojados, con las manos atadas, a las celdas de los ladrones. El facineroso que está en el Elíseo cree que el Ejército de Francia es una banda del Bajo Imperio, a la que se paga, se la emborracha y obedece. Os obliga a una faena infame; os hace decapitar, en el mismísimo París y en pleno siglo diecinueve, la libertad, el progreso, la civilización; os obliga a destruir, a vos que sois hijos de la Francia, lo que Francia ha gloriosa y penosamente construido a lo largo de tres siglos de luces y después de sesenta años de Revolución. ¡Soldados!, si sois La Grand Armée, respetad a la gran nación.*

³⁴⁷ Las sorprendentes similitudes con otros falsos posteriores, falsos guerreros héroes, allá y aquí, no deja de ser asombrosamente concluyente. Que al comparar el lector, las juzgue.

Nosotros ciudadanos, representantes del pueblo y vuestros representantes, nosotros, vuestros amigos, hermanos vuestros, nosotros que somos la ley y el derecho, nosotros que, erguidos ante vosotros, os tendemos nuestros brazos abiertos, que golpeáis ciegamente con vuestras espadas, sabed que lo que nos desespera no es mirar cómo nuestra sangre se derrama, *sino ver cómo se escapa vuestro honor*.

¡Soldados!, un solo día más participando en el atentado, un día más al lado de Luis Bonaparte y *estaréis perdidos ante la conciencia universal*. Los hombres que os mandan están fuera de la ley; no son generales, son malhechores: es el uniforme de los presidiarios el que les aguarda. Vosotros, soldados, es tiempo todavía, regresad a la patria, regresad a la República. Si persistierais, ¿sabéis lo que la historia diría de vosotros? Diría que habéis enloquecido al pie de vuestras cabalgaduras y que habéis aplastado bajo las ruedas de vuestros cañones todas las leyes de vuestro país; ellos, soldados franceses, han deshonorado el aniversario de Austerlitz por su falta, por su crimen, han hecho odioso el nombre de Napoleón, tan vergonzoso hoy como glorioso antaño.

¡Soldados franceses, deteneos y no prestéis más vuestras fuertes manos al crimen!³⁴⁸

La requisitoria del gran poeta ayudó moralmente a los mexicanos que no sufrieran innúmeras atrocidades a manos el ejército invasor. Sin embargo, todas sus tentativas por cesar esa guerra inicua fueron, a la postre, estériles.

³⁴⁸ La traducción se debe al autor de esta obra.